

SERIE DORADA

Mirando atrás

por Paloma ROMÁN MARUGÁN



Lea Ziro, *Intimidad*. Carboncillo.
100x70 cm. 2012.

EDWARD BELLAMY, *Mirando atrás*,
Akal, Madrid, 2014. 300 páginas.

La novela utópica titulada *Looking Backward (Life in the Year 2000)*¹ fue escrita por Edward Bellamy (1850-1898)² y se publicó por primera vez en 1888. Desde el principio, adquirió una extraordinaria acogida por parte del público lector de la época. Gracias a ello se convirtió en la obra más vendida en los Estados Unidos después de *Uncle Tom's Cabin* de Harriet Beecher Stowe (1811-1896).

¹ Relativamente pronto se tradujo al español, y a día de hoy se cuentan varias ediciones en esta lengua: *En el año 2000, una fantasía novelesca*, editada en Madrid por López en 1892; *Cien años después del año 2000* publicada en Buenos Aires por Hachette (Brisac y Boltvinik, 2007). Más tarde *El año 2000, una visión retrospectiva*, editado por Abraxas en Barcelona en el verdadero año 2000. La penúltima es *El año 2000*, editada por Capitán Swing (Madrid, 2011). Estas dos recientes ediciones incluyen un prólogo de Erich Fromm (1900-1980) escrito en 1960 para la edición inglesa. La edición de Abraxas también incorpora el prólogo de la primera edición francesa firmado por Théodore Reinach (1860-1928). La última edición que ha visto la luz es la titulada *Mirando atrás*, editada por Akal (Madrid, 2014). La versión original en inglés que hemos utilizado en este trabajo es: Edward BELLAMY, *Looking Backward, 2000-1887*, Houghton Mifflin Company, The Riverside Library, Boston and New York. Disponible en: The Guttenberg Project, EBook #25439, <http://www.gutenberg.org/files/25439/25439-8.txt> (publicado 12 de mayo 2008).

² Edward Bellamy nace y muere en Chicoppee Falls, Estado de Massachussets. Hijo de padre baptista y madre calvinista, recibió una educación religiosa muy sólida. Estudió Leyes en Nueva

Este dato, que siempre aparece, no puede distraer del verdadero alcance e impacto que tuvo esta publicación. Más allá de las fronteras de los Estados Unidos, la obra sirvió de base para un nuevo movimiento político propagador de una ideología conocida como *nacionalismo*. Su influencia se sustentó en la difusión de un sinnúmero de *Bellamy Clubs*. Se fundaron comunidades y sociedades articuladas según los principios de Bellamy en los lugares más diversos. Prosperaron no solo en su país de origen o en Europa, sino también en Sudáfrica, Indonesia y Nueva Zelanda³. No obstante, estos colectivos tuvieron su principal impacto en el país natal de Bellamy. Allí poblaron el mapa desde Maine a California, siendo un semillero especial para los populistas y agraristas norteamericanos. Al ser este uno de los grupos más castigados por la crisis económica de aquel entonces es fácilmente comprensible que se identificaran con el carácter reformista que plantea la obra⁴.

Un ejemplo claro de lo más arriba descrito es cómo el Partido Populista o del Pueblo, fundado en 1891 con el concurso de una amplia base agraria, se convirtió en uno de los vehículos más reconocidos de expansión del ideario de Bellamy. Esta organización animaba a la lectura de sus páginas regalando un ejemplar a quienes se afiliaran al partido. Aunque la popularidad de la obra era tal que ni siquiera hacía falta su lectura. Se conocía a través del boca a boca. Gracias a ello obtuvo una notoriedad paralela a la difusión del ideario nacionalista. A pesar de estos precedentes, lo cierto es que el futuro político de este partido no fue muy exitoso. Al comenzar el siglo veinte, y con la subida de los precios agrarios, su lucha política perdió ardor y su papel se deslució significativamente⁵.

Pero no solo se puede establecer una relación con los agraristas. Para contextualizar mejor esta obra, también hay que precisar una relación con sus antecedentes, es decir, con aquellas circunstancias que alimentaron la fuerte necesidad de reformas por las que clama el libro de Bellamy. Se trata de los efectos de la revolución industrial y el nacimiento y consolidación de la tensión social entre patronos y proletarios en las sociedades más industrializadas, como se hará patente en la sociedad norteamericana de ese momento y, de manera específica,

York, pero nunca ejerció como abogado. Sus actividades principales fueron el periodismo y la literatura. En ambas consiguió expresar mejor su ideario cimentado en un viaje a Europa. Erich FROMM, "Presentación" (1960), en Edward BELLAMY, *El año 2000*, Capitán Swing, Madrid, 2011.

³ Gregory CLAEYS, *Utopía. Historia de una Idea*, Siruela, Madrid, 2011, p. 156.

⁴ Kenneth ROEMER, "Sex roles, Utopia and Change: the Family in Late Nineteenth-Century Utopian Literature": *American Studies*, vol. 13, n.º 2 (1972), pp. 33-47.

⁵ Christine MCHUGH, "Midwestern Populist Leadership and Edward Bellamy. 'Looking Backward' into the Future": *American Studies*, vol. 19, n.º 2 (1978), pp. 57-74.

en el Estado de Massachussets, patria chica de Bellamy. Tal y como se ha estudiado⁶, dentro del ambiente socioeconómico de un país en etapa de enorme crecimiento, el dinero fluctúa, dando lugar a épocas de bonanza propicias para el enriquecimiento, y otras de quiebra, que llevan a la pobreza. Los cambios son muy severos. De ahí que en ese movimiento pendular las épocas de quiebra sean identificadas como “pánicos” y “depresiones”. El primero de ellos acaeció en 1819, cuando la inestabilidad política de la recién conseguida independencia fomentó la crisis económica de 1820. En 1837 se vivió otro nuevo pánico, al que sucedió una profunda depresión. Y aún otro más a partir de 1880, que va a afectar sobre todo a los Estados del medio oeste (que se van incorporando a la Unión) y al sur. El marco económico de una nueva depresión en 1883 y los disturbios — especialmente en Haymarket Riot (Chicago)— alientan a Bellamy a escribir la obra así como explican su buena acogida por parte de los apesadumbrados ciudadanos americanos en 1888.

Todas estas circunstancias contribuyen a explicar el origen del pensamiento reformista del que está imbuida la obra de Bellamy. Su apelativo como *nacionalismo* proviene del hecho de que la nación queda como la única entidad que gobierna y surte a la sociedad; es la dueña y patrona en exclusiva. Todo ello con el fin de frenar la situación social creada por el avance del capitalismo y sus consecuencias de lucha social y de origen y mantenimiento de las desigualdades.

UNA NOVELA

El diseño bellamyano para transmitir su optimista premonición del año 2000 sobre la situación existente en 1888 es un viaje al futuro. Sin embargo, en el desarrollo de la obra el autor se entretiene tanto en su presente que muchas veces se trata más bien de un verdadero viaje al pasado. No en vano, al fijarnos en la literalidad de su título, podemos apreciar el gusto de Bellamy por mirar a lo que queda a sus espaldas.

En definitiva, no se da el despegue de la criticada situación vivida que se pretende; el distanciamiento es solo aparente, no va más allá. Es cierto que a Bellamy se le ha etiquetado de reformista, y no de revolucionario, pero aun así, su toma de posición se acaba anclando más en lo establecido que en una visión verdaderamente ambiciosa. Trataremos de verlo.

⁶ Marisol DORAO, “Tarázán de los Monos: una utopía americana del siglo XX”: *Trocadero*, n.º 8-9 (1997), pp. 370-371.

La novela *Looking Backward* presenta un formato extremadamente simple, lo que sin duda va a contribuir a su éxito; una dinámica basada en el diálogo a través de un esquema de pregunta/respuesta, casi colegial, ya que no hay nunca ninguna réplica crítica sino solo una nueva pregunta que permite ampliar y afianzar el argumento. Otra característica es la elección del sueño como elemento facilitador de un viaje en el tiempo. El tono es rotundamente optimista, lo que a veces resulta irritante.

En un intento de ofrecer una breve sinopsis del argumento, hay que decir que el protagonista de la novela, Julian West, un prominente burgués bostoniano, descansa dormitando en el sillón de su confortable casa. Queda sumergido en un sueño profundo del que despertará cien años más tarde, ya que abre los ojos en el redondo año 2000. Tras despertar, su incredulidad irá abriendo paso al deseo de conocer el cambiado mundo que se encuentra en la misma ciudad en la que él ha vivido hasta ese momento. De este modo, la novela muestra la transformación acaecida en la ciudad de Boston durante los ciento doce años que dura la dormición de West. Al despertar en la que antaño fuera su casa, West descubre que en ella ahora viven el Dr. Leete y su familia, quienes harán de cicerone del protagonista.

La trama no es nada complicada y el elenco de personajes, muy reducido, lo que favorece una rápida y fluida absorción del mensaje que Bellamy pretende transmitir. Los argumentos fundamentales giran en torno a las tensiones sociales y sus consecuencias para el protagonista. Los desmanes que el capitalismo estaba cometiendo acarrearán respuestas agresivas e inconvenientes como las huelgas. Este era uno de los quebraderos de cabeza de West, ya que le impedían terminar la obra de su futuro domicilio. Esta tensión social ha desaparecido más de cien años después, en la época en la que West despierta, gracias a una solución colectiva que triunfa frente al individualismo anterior.

El propio West confiesa que la fórmula de su familia para lograr y mantener su status ha sido “cargar el peso de uno sobre las espaldas de los demás” (p. 10)⁷. En el siglo diecinueve, el protagonista está acompañado de su fiel sirviente Sawyer y de un personaje necesario para ajustar la trama del sueño, el Dr. Pillsbury, su médico de confianza, quien le suministra los sedantes precisos para soportar los agobios que le podían conducir al insomnio. Según refiere Bellamy, Pillsbury era un *mesmerizador*, dato que remite al galeno austriaco Franz Anton Mesmer (1734-1815), figura clave en los anales del sueño hipnótico, vereda siempre interesante ante el descubrimiento de lo desconocido. Solo queda por

⁷ “[O]f shifting the burden of one’s support on the shoulders of others”.

mencionar como habitante del siglo diecinueve a Edith Bartlett, la prometida del protagonista, con quien se casará, siempre y cuando consiga terminar la construcción de su nueva mansión.

Una vez dado el salto en el tiempo a través del sueño, West abre los ojos con una sorpresa gradual que incluso se puede decir que va en aumento. Desde un despertar inusual donde no encuentra a nadie de los que dejó de ver al recostarse, hasta una incredulidad decreciente en el hecho de que ha pasado un siglo dormitando, para acabar fascinado por el mundo que encuentra una vez alcanzado el futuro.

Allí le espera una familia de tres miembros, el Dr. Leete, su esposa y su hija. Es justo y únicamente lo que se precisa, los elementos indispensables: el cabeza de familia es hombre de ciencia, y por tanto, el mejor instructor y profesor para West como personaje decimonónico. La esposa cumple solo un papel ornamental y predecible; mientras que la hija, Edith, nombre muy evocador del pasado, juega un papel más activo en las explicaciones de los descubrimientos que va haciendo West, pero siempre relegada a cuestiones de menor importancia.

Un último personaje, pero no por ello menos importante, es el reverendo Barton. Su figura resume, casi se puede decir que de forma épica, los beneficios de la nueva situación en la que se vive al final del siglo veinte. Si se tiene en cuenta que Bellamy nace en 1850 y Julian West en 1857, queda patente su condición coetánea y, por tanto, que el último hace de portavoz del primero. Pero sin duda alguna, Bellamy también es Barton. De hecho es su gran alegato, es donde se siente más a gusto. Su preferencia también se aprecia, y sobremanera, en el hecho de que escoja a un sacerdote. Según el peso que la religión tiene en el autor de *Looking Backward*, eso quiere decir mucho, como más adelante se verá.

Como ya se ha comentado, el vehículo a través del que opera esa transformación radical de un siglo a otro es el sueño. Se trata de una actividad tan humana, y quizá tan poco sofisticada como echarse a dormir, aquella que nos procura la reparación diaria. Aunque siendo más precisos, conviene señalar que en este caso se trata de un doble sueño. West despierta de un sueño de ciento trece años y contempla la ciudad de Boston del año 2000. Y luego regresa a 1887 para volver en un momento de oportunidad que le reafirma, y gracias a un nuevo sueño, a su futuro *soñado*, en definitiva, preferido. Como Davis⁸ observa es un truco para que el lector se plantee ¿Qué es sueño? ¿Qué es realidad? ¿El aquí o el allá? ¿El pasado o el futuro? ¿Qué es el presente?

⁸ J. C. DAVIS, “El pensamiento utópico y el discurso de los derechos humanos: ¿una conexión útil?”, en Patricia CUENCA GÓMEZ y Miguel Ángel RAMIRO AVILÉS (eds.), *Los derechos humanos y la utopía de los excluidos*, Dykinson, Madrid, 2010, p. 62.

El libro de Bellamy queda habitualmente inserto en el capítulo de las obras utópicas. A través de los mecanismos ya descritos, el autor busca no solo una comparación entre dos situaciones, donde se aprecia una mejora sustancial, sino que a través de ese ejercicio, expone su ideario mostrando lo que sería su situación ideal.

UN IDEARIO

Para comenzar, y a modo de síntesis, Bellamy recurre a la metáfora del coche-diligencia para mostrar una panorámica de la situación de partida —aquella de la que abomina—. Con la descripción pormenorizada de esta figura estilística, el autor hace referencia a un mecanismo complejo donde los seres humanos se encuentran clasificados jerárquicamente, dentro de una estructura social tremendamente desigual. En él, unos trabajan para que otros que jamás han movido un dedo sigan disfrutando de una vida regalada. Bajo este planteamiento, “la idea del progreso indefinido, en línea recta, era una quimera de la imaginación sin analogía en la naturaleza” (p. 13)⁹.

A partir de este presupuesto, se aprecia que la receta utópica de Bellamy va a discurrir por una línea discursiva socialista, anclándose en la lucha de clases como escenario de la confrontación entre patronos y obreros. De ese modo, se resuelve la *cuestión obrera*. Ante esta pretensión, se pueden comentar los siguientes aspectos.

La solución ideada en *Looking Backward* es una nueva conformación social donde la supuesta igualdad conseguida corresponde a una sociedad centralizada y mecánicamente regulada. El Estado es el dueño absoluto de los medios de producción —de ahí el eco que, sin duda, tuvo esta publicación en los círculos marxistas—, ya que con el discurrir del tiempo se había demostrado la perversidad de las relaciones entre el capital y el trabajo. Como este último es vital para la supervivencia de las sociedades, su gestión y distribución ahora están controladas por el Estado.

Tanto es así, que toma el aspecto de una organización militar; no en vano se especifica el término ejército para su denominación, con el adjetivo de *industrial*, dando carta de naturaleza al beneficio indiscutido de la creación y potenciación de la industria que presenció el siglo diecinueve. Ese ejército industrial funciona a través de categorías y grupos de trabajo, en función de los intereses y gustos de

⁹ “The idea of indefinite progress in a right line was a chimera of the imagination, with no analogue in nature”.

los ciudadanos; todo discurre fluidamente porque la queja va acompañada de castigo. De ese modo, se contempla que todos los ciudadanos ahora son *empleados de la nación*.

Esa pertenencia es obligatoria y dura alrededor de veinticuatro años. La etapa comienza a los veintiún años y concluye a los cuarenta y cinco. A partir de ese momento, llega la jubilación, sin perjuicio de que puedan volver a ser requeridos por el Estado, manteniéndose en una especie de situación de reserva activa. Estas edades, tanto la del comienzo como la de terminación de la vida laboral, dan cuenta de que el viaje al futuro sigue muy ligado al presente; se manejan en los estándares de vida propios del siglo diecinueve. La ordenación profesional de millones de personas no parece ser complicada. Se resuelve a través de la aplicación de principios sencillos, demasiado para hacerlos creíbles. Cada uno elige su empleo en función de sus aptitudes, y al final todo cuadra, aplicando la ley de la oferta y la demanda. La nación “no sacrifica ni esclaviza a nadie” (p. 30)¹⁰.

Esa evolución ha acabado con la beligerante cuestión obrera, ya que se pasó de la época del individualismo a la época de la cooperación (p. 23). La concentración de capital era una fórmula dañina. En cambio, que el Estado sea la única corporación superviviente a la metamorfosis ha sido un acierto al que se ha llegado sin expresión de violencia alguna.

El Gobierno de la nación tiene pues como principal cometido la dirección de la actividad económica. Otras funciones propias del Estado moderno, como el mantenimiento del orden público y la defensa de las fronteras exteriores, han quedado prácticamente obsoletas. En el año 2000, la nación solo se ve obligada a proteger a la ciudadanía de “la miseria, el frío y la desnudez”¹¹ (p. 27).

El máximo dirigente del país, el Presidente de los Estados Unidos, es en realidad un *general-director-gerente*. Se trata de un individuo que ya no está en edad activa. Su puesto corresponde a un quincuagenario elegido a través de un complejo sistema estratificado de resabio militar y por sufragio censitario. No cabe en este futuro-pasado el sufragio universal.

Existe un único partido político, el Nacional, llamado así por asentarse en el principio de la nacionalización de los medios de producción y distribución. Y donde el patriotismo es de inspiración racional, no sentimental. La lógica de su sentido común elimina todos los posibles sentimientos. No hay conflictos que dividan a la sociedad. Es una vuelta de tuerca a un concepto peculiar de igualdad, que choca con la naturaleza humana.

¹⁰ “The nation does not maim and slaughter its workmen”.

¹¹ “[O]r hunger, cold, and nakedness”.

Existen, a pesar de todo, jueces. Estos responden al perfil que tanto se repite en la obra de Bellamy y que podríamos calificar de políticamente correcto: “Son hombres de edad madura, ampliamente informados, juiciosos y discretos” (p. 75)¹².

Como es propio de las visiones utópicas colectivistas, en el Boston del futuro la educación es uno de los valores y efectos más logrados y loados. El acceso es universal y está basado en tres principios:

1) el derecho de todo ciudadano a la educación más completa para favorecer su autoestima; 2) el derecho de los ciudadanos a educarles bien para el usufructo de la sociedad; y 3) el derecho del hombre que va a nacer y crecer en una familia inteligente y distinguida (p. 80)¹³.

A la altura del año 2000, cuando West despierta, prácticamente todo el planeta ha adoptado este increíble sistema de organización social. Aunque en un atisbo de patriotismo, y también en este caso de espíritu visionario, Bellamy expone que partió de los Estados Unidos, país que no solo exporta el modelo en sí, sino también la extensión de una estructura federal que va ordenando las relaciones internacionales. Existe un Consejo Internacional que regula las relaciones entre los distintos países, basadas casi en exclusiva en el ámbito comercial de intercambio de bienes y servicios. Otras cuestiones, que tradicionalmente han puesto a las naciones en contacto como las guerras, están prácticamente eliminadas de la faz de la tierra. Tampoco en este terreno la mirada al futuro de Bellamy ha sido arriesgada, se mantiene el mapa del mundo westfaliano.

La calma chicha reinante favorece un “florecimiento intelectual sin precedentes” (p. 59)¹⁴. Merece una especial mención el ámbito de los medios de comunicación —no se puede olvidar en este punto la condición de periodista de Bellamy—. La visión de futuro plantea una situación en la que la prensa está fundamentalmente en manos de sus lectores, quienes sostienen económicamente al periódico e incluso eligen a su director. Esta situación sí nos puede acercar a algo que sucede en nuestros días, pero como se sabe, es más propia de los medios más minoritarios y, a su vez, está acuciada por la crisis económica.

¹² “Our judges are simply widely informed, judicious, and discreet men of ripe years”.

¹³ “[T]here are three main grounds on which our educational system rests: first, the right of every man to the completest education the nation can give him on his own account, as necessary to his enjoyment of himself; second, the right of his fellow-citizens to have him educated, as necessary to their enjoyment of his society; third, the right of the unborn to be guaranteed an intelligent and refined parentage”.

¹⁴ “It has been an era of unexampled intellectual splendor”.

El teléfono se perfila como un método revolucionario en las comunicaciones del año 2000. Tanto es así, que aunque Bellamy no llegue ni siquiera a sospecharlo, el sentido en el que habla evoca también el impacto de la televisión. Mientras la telefonía transmite solo la voz, la televisión aumenta las posibilidades de comunicación al combinar la transmisión de voz e imagen a cualquier distancia. También es verdad que en el futuro de Bellamy, que es nuestro presente, la telefonía móvil supera en prestaciones inimaginables a la pacata televisión.

Más o menos hasta aquí se ha destacado lo que está, es decir, las presencias rotundas e incontestadas vistas a través de sus virtudes con respecto a un pasado conflictivo. Sin embargo, en la lectura de *Looking Backward* también atraen la atención las ausencias. Estas se podrían clasificar en dos tipos: aquellas ausencias destacadas por el propio autor, elementos que no existen en el futuro bien porque eran responsables del caos, o bien porque ya no hacen falta, argumentos estos que Bellamy suele combinar sin mucho esfuerzo. Y aquellas otras ausencias que aprecia un lector del siglo veinte que tiene la ventaja de poder observar como espectador la época que imagina Bellamy.

Con respecto a la primera categoría, se constatan ausencias significativas y repetidamente señaladas por el autor debido a su responsabilidad en la penosa situación en que se vivía antes de comenzar su sueño viajero. En el año 2000, no había ni rastro de políticos, de abogados ni de banqueros. Tres profesionales con peso en la sociedad, antes y ahora.

La desaparición de los políticos de la faz de la Tierra se debía a su completa inutilidad. En un mundo uniformado donde el conflicto no existía, su concurso como creativos de soluciones a las distintas causas no era preciso. Incluso ahora el Presidente de los Estados Unidos era un gerente máximo que administraba la abundancia y la concordia, justo los escenarios donde la política tiene poco que hacer. Con respecto a los abogados, y a pesar de que Bellamy había estudiado Leyes, tampoco tenían sentido: “Si el único interés de la Nación es descubrir la verdad, pedir la colaboración de personas que tienen un interés profesional en ocultarla o en disfrazarla” (p. 74)¹⁵ era inútil.

Los banqueros tampoco tenían cabida. Al no existir el dinero, su función no era necesaria. Al comienzo de cada año, el Estado abría una línea de crédito en la contabilidad pública a cada ciudadano por el valor que generaría su trabajo a lo largo de los siguientes trescientos sesenta y cinco días. El crédito se materializaba en un cartón y se iba gastando para aquello que precisase. Este mecanis-

¹⁵ “[W]here the only interest of the nation is to find out the truth, that persons should take part in the proceedings who had an acknowledged motive to color it”.

mo, que impedía la circulación de dinero en efectivo, ha sido visto como la apuesta más visionaria de Bellamy desde el punto de vista tecnológico. Desde luego no puede considerarse un antecedente de la tarjeta de crédito¹⁶; en términos precisos, hoy en día sería más bien una de débito, aunque eso sí, con fuertes reminiscencias del concepto de cartilla de racionamiento. Por otra parte, los banqueros tampoco eran objeto de feliz recuerdo porque cargaron con la responsabilidad del caos decimonónico, al ser protagonistas de una gran extensión del sistema de crédito, causa de las crisis comerciales y sus consecuencias.

En la sociedad del año 2000 no hay prisiones; los delitos que se cometen son rápidamente confesados por sus autores. Parece ser que se tiene prisa por acabar los juicios cuanto antes. Y tampoco hay dementes, ni suicidios.

Por supuesto, el único Ejército que hay es el industrial; del clásico, nada. No hay conflictos que lo hagan necesario. No hay deuda pública, ni Ministerio de Hacienda o Departamento del Tesoro para recaudar impuestos. Con respecto a los funcionarios públicos, ahora son los imprescindibles, constituyendo un número muy pequeño si se compara con el volumen que tenía ese colectivo en el siglo diecinueve. Cabe decir que esta circunstancia resulta bastante incongruente. Teniendo en cuenta la extrema centralización de la sociedad y de la economía del año 2000, no parece lógico esperar que esta discurriese mecánicamente, y de forma tan simplista, haciendo innecesario disponer siquiera de una Administración regular para organizar y sostener un mantenimiento normalizado. Ya ni qué decir si hubiera cualquier contratiempo que atender.

En el apartado de otras ausencias, llamativas por lo que revelan de la visión de un intelectual del siglo diecinueve sobre una sociedad a la que supuestamente escudriña, hay que mencionar a las minorías étnicas y la inmigración multicultural que formó los Estados Unidos de América. A pesar de idear un sistema mundial, se puede decir que cosmopolita y guiado por la igualdad, este parece promover más bien una uniformización mecánica e ignorante de otros seres humanos. La acción se centra en Boston, una ciudad importante y poblada, donde es imposible no conocer los problemas raciales que sacudían el país. Como muestra, un botón: esta novela es coetánea de *Uncle Tom's Cabin*, como ya se mencionó al principio. Por ello no resulta creíble que esta carencia sea casual. Y no solo se trata de la población afroamericana, también están desaparecidas en la obra otras comunidades fruto de las distintas inmigraciones. Es por tanto, un relato completamente *WASP*, etiqueta expresiva de exclusión.

¹⁶ Juan Carlos PÉREZ VELASCO PAVÓN, "Influencia de las tarjetas de crédito en la demanda de efectivo": *Cuadernos de Economía*, vol. 39, n.º 116 (2002), pp. 51-93.

Restan por mencionar dos de los más importantes temas que se hallan entre las páginas de *Looking Backward*. Se trata de dos cuestiones de suma importancia tanto ayer, si hablamos del pasado, como hoy, si nos referimos al presente, y sobre todo si hablamos de futuro como hace Bellamy: el papel de la *religión* y el de la *mujer*.

La religión ocupa un lugar prevalente en la novela utópica de nuestro autor. Su estricta educación religiosa, llevada a cabo por un padre baptista y una madre calvinista, dejó una profunda huella en su vida y en su ideario. Tanto es así, que el tema de la religión es uno de los puntos donde el viaje al futuro —en realidad, un viaje al pasado— encuentra más asideros. La secularización de la sociedad ha sido un proceso casi indiscutible en las sociedades industriales avanzadas. En la proyección futurible de Bellamy, esa tendencia no aparece ni por asomo. Todo lo contrario, Dios —cristiano protestante— es el gran personaje que ilumina desde la primera a la última página de este libro de viajes de ida, vuelta e ida.

Esa figura del Creador es el demiurgo constante. Su presencia se puede apreciar hasta en los pequeños detalles, pero es en los grandes asuntos donde su protagonismo es absoluto. Tomemos como ejemplo la estampa casi final del libro, el capítulo veintiséis, cuando se escucha el sermón del reverendo Barton, quien con la excusa de que en la ciudad hay un visitante de hace más de un siglo, aprovecha para dejar todo claro. Lo curioso es que dicho sermón se oye a través del hilo telefónico, como antecedente de la figura del telepredicador, que prenderá con fuerza en una sociedad como la estadounidense. Se trata de un cierre apoteósico, con letra y música de autocomplacencia: “El largo y fatigoso invierno de la humanidad ha terminado. La humanidad ha roto la crisálida. Los cielos se abren ante ella” (p. 102)¹⁷. Esa frase final supone una imbricación casi de igual a igual entre el Creador y la sociedad civilizada del siglo veinte¹⁸.

Por otro lado, el tratamiento dado a las mujeres, a la mujer como ser humano es más cercano al de un muñeco, siendo quizá otro distintivo que hace pensar en un viaje al pasado más que al futuro. La ventaja habitual de las utopías que modulan un futuro lejano en el tiempo es que proyectan una mejora social para todos los habitantes del lugar que se trate. Desde luego, eso no ocurre con el sexo femenino en *Looking Backward*.

De entrada, parece que Bellamy es sensible a la condición subordinada de la mujer. Sin embargo, no la mejora en absoluto. Apenas se contenta con facili-

¹⁷ “The long and weary winter of the race is ended. Its summer has begun. Humanity has burst the chrysalis. The heavens are before it”.

¹⁸ ROMÁN MARUGÁN, “Introducción”, p. 24.

tarle ciertas comodidades, pero siempre hechas a medida del estereotipo del sexo débil, que ha imperado no solo en nuestro ámbito cultural, sino prácticamente en todos, en virtud de la influencia del patriarcado.

En este punto, coinciden las críticas a Bellamy al señalar que su pretendida utopía socialista se queda en realidad en una utopía de óptica burguesa, donde la igualdad de sexos ni se plantea. Existe en el año 2000 una liberación de los trabajos pesados y de las penurias de la vida cotidiana que sufría la mujer de clase obrera. Ahora se equipara a la vida sosegada y tranquila de la mujer burguesa. Las mujeres más cercanas, los únicos personajes femeninos del libro, se siguen dedicando a las tareas domésticas y a las compras. Si bien es cierto que todas las mujeres son partícipes de la universalización de la educación.

La mujer se incorpora al trabajo dentro del ejército industrial como los hombres; pero siempre en aquellos empleos que cuadren con su naturaleza más débil (p. 91). Por ello sus jornadas de trabajo son más cortas, y generalmente recurren a licencias de reposo para preservar su salud.

La delicadeza con la que se dibuja a la mujer en las páginas de la novela es condescendiente. También es claramente propia de quien no solo no comparte en absoluto la igualdad real de sexos, sino que escribe que tienen profundas diferencias. Nosotros les hemos creado —generosidad masculina— un mundo aparte, con sus emulaciones, sus ambiciones, sus profesiones, y le aseguro que se encuentran muy felices en él. Una muestra de galantería de otro tiempo (viaje al pasado), que hoy día no superaría un examen de igualdad mínimamente riguroso. Se trata de una apreciación *caritativa*.

El matrimonio solo se celebra por amor y eso sí, gracias al sistema económico implantado, la mujer no resulta dependiente del marido, lo que sin duda es un logro. Bellamy, aun dibujando una vida armoniosa, entra de puntillas en alguna cuestión grave, precisamente para negarla. A su parecer, ya no hay violencia dentro de la vida de las parejas y la serenidad es la tónica de la vida conyugal. Aun así queda claro que la maternidad es la función fundamental de la existencia de las féminas: “Las mejores posiciones en el ejército industrial son para las que son esposas y madres porque solo ellas representan su sexo en toda su integridad” (p. 92)¹⁹.

¡Menuda situación la de la mujer soltera! Siguiendo a Roemer²⁰, podemos concluir que los roles sexuales de las utopías del siglo diecinueve son muy tradicionales.

¹⁹ “[T]he higher positions in the feminine army of industry are intrusted only to women who have been both wives and mothers, as they alone fully represent their sex”.

²⁰ ROEMER, “Sex roles, Utopia and Change”, pp. 33-47.

CONCLUSIONES

Un viaje a Europa marca a Bellamy. Allí asiste como testigo al florecimiento de los principios socialistas que hizo suyos y orientó su vida como propagandista y reformador social. Por eso su obra más famosa y aquí comentada puede clasificarse en ese género literario de corte filosófico-político que identifica a las utopías²¹.

Su pertenencia al siglo diecinueve presenta las características propias de dicho momento histórico, y que resume Raúl del Toro²²: a) la insatisfacción por la cuestión social; b) la descripción de una sociedad “socialista”; y c) la actitud progresista entre el trabajo y la vida. A lo que hay que añadir que teniendo en cuenta que el mundo geográfico parece estar ya descubierto, los *no-lugares* (*Utopos*) que sirven como escenarios a este tipo de obras se trasladan al futuro como el nuevo territorio ignoto²³, en una mezcla de elementos imaginarios y científicos²⁴.

Precisamente en esta cuestión se puede constatar que Bellamy no llegó muy lejos ni en su planteamiento científico, ni en el visionario. A pesar de ser coetáneo de otro célebre autor, Jules Verne (1828-1905), no arriesga tanto como él en las ocurrencias sobre artilugios mecánicos avanzados de su ideado futuro. Aunque siguiendo el criterio de Dorao²⁵, la utopía tecnológica cuenta siempre con una gran desventaja literaria, en el sentido de que las predicciones siempre se quedan cortas. Esa limitación impide poder mencionar la obra de Bellamy entre aquellas similares que se encuentran en la frontera (o más allá) de lo que se llama el género de la ciencia ficción.

Como ya se explicó al comienzo de este escrito, la acogida que tuvo en su momento la obra de Bellamy fue entusiasta por su amplio número de partidarios, pero como también suele ocurrir con los libros de impacto, también recibió severas críticas. Ciertamente es que las loas provenían más de un amplio espectro de lecto-

²¹ Bronislaw BAZCKO, “Memorias y esperanzas colectivas”, en *Los imaginarios sociales*, Nueva Visión, Buenos Aires, 2005. Citado por Lucas MISSERI, “Microutopismo y fragmentación social: Nozick, Iraburu y Kumar”: *En-claves del pensamiento*, año V, n.º 10 (julio-diciembre 2011), pp. 75-88.

²² Antonio Raúl DEL TORO, “Dos Utopías del Siglo XIX: *News from Nowhere* de William Morris y *The Soul of Man socialism* de Oscar Wilde”: *Atlantis*, vol. 2, n.º 1 (enero 1981), p. 50.

²³ El viaje en el tiempo se impone como medio para llegar al futuro, e incluso al pasado — como otro territorio no al alcance de la mano—. Ejemplos notorios son *The Time Machine* publicada en 1895 por G. H. Wells (1866-1946), y en el segundo caso, la obra de Mark Twain (1835-1910), *A Connecticut Yankee in King Arthur's Court*, que vio la luz en 1889.

²⁴ Carlos ABRAHAM, “Las utopías literarias argentinas en el período 1850-1950”: *Nautilus*, vol. 2 (noviembre 2004), p. 1.

²⁵ DORAO, “Taráz de los Monos: una utopía americana del siglo XX”, p. 371.

res identificados con la problemática planteada y que, por tanto, ansiaban las reformas propuestas. Sin embargo, las críticas partían de intelectuales, generalmente de formación y adscripción marxistas²⁶, que consideraban que la obra de Bellamy, a pesar de las apariencias, rendía tributo al *statu quo* burgués. Para la mayoría de autores que critican *Looking Backward* desde esta línea, se trata de una utopía de la abundancia material y la armonía social conseguidas a través de un proceso evolutivo, un planteamiento que carece de un análisis serio de la lucha de clases²⁷. Es cierto que el propio autor responde a sus críticos en un capítulo final titulado “Epílogo”. En él explica que su trabajo es una predicción seria sobre la evolución de la humanidad en la siguiente fase del desarrollo industrial.

En definitiva, hay que reforzar la idea señalada a lo largo de estas páginas de que la novela de Bellamy es una pieza inserta en el género de la novela utópica. Lewis Mumford²⁸ escribió que las respuestas a los retos de la realidad que se intentan resolver a través de este camino pueden ordenarse en dos posiciones enfrentadas. Por un lado, la novela de William Morris (1834-1896), *News from Nowhere*, es un ejemplo de la modalidad “utopía de fuga”, mientras que *Looking Backward*, por su parte, representa su contrario, “la utopía de reconstrucción”. También se puede recoger el dictamen de Abraham²⁹ que la catalogó como una “utopía dinámica”, ya que lo relevante es lo que se va narrando, frente a otras exposiciones de una situación inmóvil. La imaginación del futuro fue un camino de exploración de sueños que se ve casi siempre en las utopías dinámicas, donde se narra un progreso y un proceso, como ocurre en el utopismo del siglo diecinueve. La novela de Bellamy es un claro exponente de todo ello.

Y por último, ¿se trata de una utopía, o de su oponente, una *distopía*? Mumford³⁰ señala concretamente que *Looking Backward*, “una de las utopías más supuestamente democráticas del siglo diecinueve”, presenta unos rasgos como el

²⁶ Es habitual encontrar referencias a la obra comentada sobre todo haciendo alusión a la polémica que se mantuvo tras la publicación del libro de William Morris. Este autor empezó redactando en 1889 una crítica feroz en la Revista *Commonweal*, órgano de expresión de la *Socialist League*, y continuó escribiendo su conocida obra *News From Nowhere* en 1890.

²⁷ Howard Quint, referidas en MCCUGH, “Midwestern Populist Leadership and Edward Bellamy”, pp. 57-74.

²⁸ Lewis MUMFORD, *The Story of Utopias*, Boni and Liveright, New York, 1922, citado por J. M. DURÁN (2010): “(Más allá) del comunismo utópico de William Morris”: *Revista de Crítica literaria Marxista*, n.º 4 (2010), pp. 103ss.

²⁹ Carlos ABRAHAM, “Las utopías literarias argentinas en el período 1850-1950”: *Nautilus*, n.º 2 (2004), p. 1.

³⁰ Lewis MUMFORD, “La utopía, la ciudad y la máquina” (1965): *Boletín CF+S*, n.º 37 (Septiembre 2008). Disponible en: <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n37/almum.es.html> (3-7-2014).

aislamiento, la estratificación, la fijación, la regimentación, la estandarización y la militarización, que hacen pensar en la poca distancia que puede haber entre un ideal positivo y su contrario. Concluye que utopía y distopía están estrechamente vinculadas. Por todo ello, el juez que sentencia en última instancia es el lector. Cuando cierre el libro, una vez concluido, podrá decidir por qué dimensión se pronuncia.

Cabe plantearse a luz de lo expuesto un interrogante que difícilmente se puede esquivar: ¿cómo es posible que esta obra tuviese un impacto tan grande en su momento y ahora casi nadie lea el libro?³¹ ¿Tendrá que ver con sus desajustes y su *no viaje* al futuro? Es cierto que con la llegada al año 2000 se han sucedido una serie de reediciones de este texto. Sin embargo, quizás enfatizan más su coincidencia en el calendario que la actualidad de sus premisas y sus argumentos.

³¹ CLAEYS, *Utopía. Historia de una Idea*, p. 156.